



Pablo  
González  
Casanova

---

Las  
democracias  
aparentes  
y los  
países  
semicoloniales

---

### *El cuadro político*

En los países pobres los parámetros de la vida política están constituidos por sus relaciones de dependencia con otros estados, por sus relaciones culturales y sociales marcadamente heterogéneas y por sus relaciones de producción, que dan lugar a la explotación colonial o semicolonial del conjunto de los habitantes de un territorio dominado y a la explotación "combinada" en el interior de cada colonia o semicolonial.

La política imperialista o colonialista es aquella que busca reforzar la dependencia de los territorios coloniales o semicoloniales, la dualidad y pluralidad de las colonias, la explotación del conjunto del territorio por la metrópoli, y la explotación combinada de los trabajadores campesinos y pequeños empresarios nativos.

A reforzar el monopolio y la dependencia territoriales están destinadas las medidas políticas que tienden a hacer más sólida la estructura monopolística y dependiente de la economía colonial y semicolonial; todas aquellas medidas que tienden a reforzar el monopolio de las importaciones y las exportaciones, el monopolio de las inversiones, el monopolio de la explotación territorial, así como aquellas que tienden a reforzar el monopolio y la dependencia culturales de la colonia respecto de la metrópoli y del gobierno imperialista, las ideologías del hombre colonial, la actitud psicológica dependiente y temerosa del colonizado, su falta de información directa de lo que ocurre en otros países pobres y dominados, de cómo se rebelan ante los gobiernos metropolitanos.

A reforzar el carácter heterogéneo de la sociedad dual, están destinadas todas las medidas que tienden a dividir el país, a tribalizarlo, a fomentar los sentimientos locales —raciales, religiosos, lingüísticos— y a enfrentar unos nativos contra otros, a hacer que unos grupos se sientan superiores a otros por su raza, religión, lengua, y todos inferiores a la raza, la religión, la lengua del país dominante. La estructura misma de las sociedades pobres —sus grandes diferencias de ingreso y cultura, los contrastes que hay en ellas entre los sabios locales, los gobernantes opulentos y la población miserable y analfabeta; la falta de caminos interiores, las grandes diferencias entre la vida civilizada de las ciudades coloniales y la primitiva de las tribus que hacen difícil o imposible cualquier "expresión política uniforme" de las poblaciones colonizadas, cualquier acción de conjunto, es reforzada por todos los medios —políticos, económicos, jurídicos— para convertir a la nación en "fragmentos" religiosos, sociales, culturales, políticos, o para impedir que la sociedad se consolide y convierta "en un todo fuerte y unificado".

La *segregación* es así la política que refuerza la situación colonial y dual de la sociedad: segregación de los nativos respecto de los europeos y blancos; segregación o separación de los nativos del gobierno, la economía dominante y la cultura; segregación de los distintos grupos de nativos entre sí. A esta política de segregación se suma la política de integración colonial de los grupos nativos de las clases dominantes como empleados y aliados del gobierno, la cultura y la economía coloniales.

A reforzar la política de explotación territorial y de explotación combinada de un país colonial o semicolonial, están destinadas las medidas tradicionales que logran monopolizar un

territorio y las que permiten a los monopolios, en la etapa del imperialismo financiero, dominar el gobierno colonial, y convertir en una ficción el "Estado" de los países semicoloniales. En esta etapa se combinan deliberadamente las formas de dominio propias de los más antiguos y remotos imperios con las formas de dominio y lucha de los monopolios, a fin de someter y explotar a los territorios que quedan bajo su esfera de influencia. En el interior de los territorios coloniales y semicoloniales, a la convivencia natural de distintos sistemas de explotación —esclavismo, feudalismo, capitalismo—, se suman las medidas que deliberadamente toman el imperialismo y sus aliados para mantener una explotación combinada sobre la población trabajadora: medidas para mantener o fortalecer el esclavismo —abierto u oculto—, medidas para mantener o fortalecer la prestación de trabajos obligatorios, la entrega en especie de una parte del trabajo o de los productos, y medidas destinadas a abatir al máximo los salarios y niveles de vida y a incrementar a un máximo las utilidades.

Y es en este cuadro donde surgen las democracias de los países semicoloniales. Las fuerzas nativas, que en un momento dado de la historia de una colonia, buscan llevar a la práctica el modelo de desarrollo de los países europeos, se enfrentan a obstáculos gigantescos, que convierten en una pobre imitación y en instrumentos muy poco eficaces todas las instituciones que tratan de implantar para lograr su independencia, su desarrollo económico y su progreso social.

La Independencia, la Soberanía, la Libertad, los derechos de organización de los trabajadores y las organizaciones mismas como el Estado, el Congreso, los partidos, los sindicatos, se convierten fácilmente en instituciones teatrales que en poco o nada sirven al desarrollo económico y social de los pueblos semicoloniales, que simulan la civilización, el progreso, el avance, y hacen de la simulación pública y de la ineficiencia nacional, la esencia misma de la vida política.

Los ideales más caros a la Civilización Occidental, trasladados a un cuadro político-económico colonial o semicolonial adquieren características totalmente distintas. La democracia se convierte en el opuesto de todos y cada uno de sus postulados, y resulta imposible pensar en estos países que se trata efectivamente de un ideal de gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo. La historia de la humanidad no conoce mayor contradicción entre el ideal democrático y la realidad que aquella de las colonias y semicolonias. "Los Estados Nuevos —escribe con razón Panikkar— en general han copiado las instituciones de la potencia metropolitana que los tenía bajo tutela sin tratar de buscar las diferencias entre lo que es esencial y lo que no lo es. Se han convertido así en democracias teóricas, que tienen muy poco en cuenta, en la mayoría de los casos, las condiciones económicas y sociales que son características de cada uno de ellos. De ahí que en muchos de estos países reine una atmósfera de irrealidad, un hálito de comedia."

### *La falta de controles*

Las democracias —como cualquier otro sistema de gobierno— son una función de los grupos reales de poder y de las clases, y para analizar su funcionamiento real es necesario vincu-



lar sus diversas instituciones a estos grupos. En los países semicoloniales son una función de los grandes terratenientes, semi-feudales, y de los plantacionistas, doblados a menudo de "coroneles" y "generales". Estos grupos, aliados de la burguesía extranjera y de la burguesía compradora, establecen un sistema de control político cuyas formas son democráticas y cuyo contenido real niega totalmente los ideales democráticos, y en ocasiones sólo los tolera en el ámbito limitado de las clases dominantes. Es el caso de la democracia que prevalecía en los estados árabes llamada *democracia de los pachás*, o la que en América Latina se llama hoy *democracia de los gorilas*. En ambos casos, los grupos dominantes de la semicolonia, ejercen un poder formalmente democrático, que sin tener los sistemas de control de los pueblos metropolitanos, coincide con las más violentas y agudas formas de dictadura, y que sólo deja —a veces— el ejercicio de algunas libertades para la propia élite gobernante, que por todo ello se convierte en la más asidua defensora de la "democracia".

En los países semicoloniales las masas populares son, por la estructura misma de la sociedad, un "instrumento de la democracia" y la "democracia" con todas sus instituciones un instrumento de los latifundistas, los plantacionistas y la burguesía compradora. Para controlar a estas fuerzas no existe por lo general ni una amplia clase media ni una numerosa clase obrera. Las clases media y obrera son en estos países de por sí reducidas y están mal organizadas. De las dos sin duda es la primera la que tiene más influencia en la política. "En todas partes las exigencias de las clases medias —escribe Lambert— son más violentamente expresadas y más fácilmente atendidas que las del pueblo, pero en la sociedad dualista de los países desigualmente desarrollados, las clases medias tienen aún más autoridad, porque las masas de los países subdesarrollados son silenciosas." Su descontento es, sin embargo, impotente para trazar una política y organizarse por su propia cuenta hasta lograr un respeto efectivamente democrático de sus contingentes. Alistadas en los instrumentos de poder de la élite semicolonial —en sus partidos y organizaciones políticos—, sobornadas con cargos públicos y ascensos burocráticos que son su fuente primordial de vida en países de escasa industrialización, durante las grandes crisis y golpes de estado fácilmente se alían a los militares descontentos, y con ellos logran cambios de poder y puestos que en nada modifican la estructura política y social. Separadas de las masas campesinas dejan el control de éstas a los latifundistas, que con la élite gobernante las utilizan para cubrir el expediente de las luchas democráticas. A lo sumo, las clases medias llegan a aliarse a las masas urbanas, de campesinos desarraigados y obreros descalificados y con ellas y la burocracia militar descontenta, se apoderan de los puestos administrativos del gobierno semicolonial.

Dentro de la clase media destaca un sector que juega un papel particularmente importante en los países semicoloniales, sobre todo en las épocas de transición: el estudiante. Las limitaciones de su acción son también muy claras. Lambert ha explicado con gran acierto la función del estudiante en la política de estos países: "El fomento de agitaciones políticas por movimientos estudiantiles es una característica de las estructuras sociales de transición; es lo que está ocurriendo hoy en varios países en proceso de industrialización y es lo que ocurrió en la

Europa del siglo XIX. Las revueltas que se originan porque las universidades no seleccionan a los maestros que convienen a los estudiantes, por los aumentos de tarifas en los transportes colectivos, por la supresión de descuentos en los teatros y cines, o por otros motivos más elementales y desinteresados, ocurrieron en el periodo de la industrialización en Francia y Alemania, como hoy ocurren en la India, Egipto y Brasil. Y aunque a menudo buscan su justificación en el nacionalismo son antes que nada un indicio de falta de desenvolvimiento económico. Corresponden a una fase de evolución política que termina con la educación y la organización del proletariado. Pero las revueltas de estudiantes —añade— no constituyen por sí mismas revoluciones; no disponen realmente de fuerza propia; sus manifestaciones parecen poderosas porque a ellas se suman generalmente los alumnos de las escuelas secundarias, que engruesan sus filas y sobre todo, porque la juventud de los manifestantes y las relaciones de algunos de ellos con las clases dirigentes, vuelve muy delicada la misión política. En las grandes ciudades sus manifestaciones también son peligrosas porque la población marginal, ociosa, es a veces muy numerosa, y se aprovecha del desorden. A veces los estudiantes consiguen arrastrar a un proletariado que aún está muy poco preparado para tener una política propia; sus movimientos sin embargo difícilmente se vuelven populares porque los estudiantes están muy apartados del pueblo y porque el pueblo del interior, indiferente a la política, sigue los cuadros rurales que le son más familiares."

En cuanto a la clase obrera, numéricamente inferior en los países subindustrializados, y con características en ocasiones próximas al esclavismo y típicas de la explotación combinada, tiene un peso político insignificante. Los gobiernos coloniales y semicoloniales luchan en condiciones muy favorables y logran retrasar su desarrollo, prohibiendo en primer término en las leyes la organización de los trabajadores, y cuando el derecho a estas organizaciones es reconocido, haciendo de las leyes letra muerta. Las organizaciones de trabajadores evolucionan como en Europa los gremios, mutualidades y otras formas semejantes a las de la época medieval europea y la etapa inicial del capitalismo, hacia formas sindicales subdesarrolladas, contenidas en su desarrollo. De hecho, como escribe Balandier, tanto "los bajos salarios son específicos de todo país que se abre al desarrollo económico, como lo es la debilidad de las organizaciones encargadas de asegurar la defensa de la clase obrera. El sindicalismo no tiene en Asia y África —y añadiríamos en América Latina— eficacia política. Le faltan cuadros. No siempre es utilizado para buenos fines. Está pulverizado por el juego de una especie de 'particularismo profesional', al tiempo que dividido políticamente".

En algunos de estos países, sometidos al proceso de crecimiento económico semicolonial, el movimiento obrero va creciendo y aumentando sus bases numéricas a lo largo de los territorios y de las industrias, y se le ve luchar por las causas del trabajo mediante negociaciones y huelgas, pero la estructura del movimiento sigue siendo muy inadecuada para el éxito de sus fines. "La estrecha base sobre la cual descansan las uniones de trabajadores —dice Sita Ram Agrawal, un autor indio— sumada al crecimiento de uniones rivales que luchan unas contra otras, ha debilitado la fuerza y los recursos del movimiento. El proceso se ha acentuado por sus divisiones de tipo político. La maqui-

naria para la coordinación de la actividad de las uniones sindicales en forma horizontal y vertical es débil. Como tal, el movimiento carece de cohesión y unidad de propósito y acción. Las finanzas se encuentran en malas condiciones. Funcionalmente sigue siendo un movimiento subdesarrollado. En su trabajo carece de eficacia y de significación democrática. En resumen, a pesar de que logre ciertas ganancias en cuanto al número de sus miembros, carece de un crecimiento sólido y real. Por eso no tiene uno por qué sorprenderse —añade— de que Shri Devan Den del INTUC (Indian Trade Union Council) haga el siguiente comentario: "Ciertamente el movimiento obrero de la India no ha salido aún de su etapa de agitación. En la perspectiva de una huelga crece y después de ella, ya sea que alcance una victoria o una derrota, languidece." Otro autor, también indio —Asoka Mehta— caracteriza el sindicalismo de los países subdesarrollados en la siguiente forma: "Los principales defectos del sindicalismo asiático son sus escasas finanzas, el reducido número de sus miembros y la forma irregular en que participan, la falta de experiencia y de madurez entre los dirigentes, la influencia que ejercen los 'agentes', la explotación que se hace de los sindicatos para fines políticos, la rivalidad y multiplicidad de las uniones, la precaria organización que logran en sus distintos niveles, la ausencia de trabajos sociales, la fuerte supeditación en que se encuentran respecto a la maquinaria del Estado."

Algo semejante podría decirse del sindicalismo en África y América Latina, particularmente en aquellos países más característicamente subdesarrollados. Así, aun cuando las ideas modernas de la organización de los trabajadores hacen su aparición en estos países, las características dogmáticas y formalistas que adquieren, el modo esporádico y aislado en que surgen, sumados a la debilidad de conciencia de clase de los obreros nativos, y a la presión que sobre ellos ejercen los trabajadores semisiervos y semiesclavos, enajenados y manipulados por los plantacionistas, terratenientes, empresarios y gobiernos, hacen que el movimiento obrero en estos países frecuentemente no sea "algo más que una ficción".

La estructura colonial del desarrollo, el establecimiento de marcadas diferencias entre el trabajador nativo y el extranjero, entre los trabajos calificados y no calificados, pasan a las sociedades semicoloniales y se mezclan en unas y otras con las divisiones naturales y fomentadas, que caracterizan a la sociedad heterogénea, logrando que el movimiento obrero avanzado se encuentre limitado a pequeños islotes, territoriales y culturales. El trabajador con empleo se ve amedrentado siempre por la competencia esclavista o para-esclavista, ve con terror la posibilidad de caer en esa condición, y al mismo tiempo se siente presionado por formas coercitivas semejantes a las que se emplean con los trabajadores agrícolas coloniales y semicoloniales, y por las organizaciones obreras ficticias, que dependen de los caudillos y que son manipuladas por éstos o por las autoridades centrales.

Debilidad de organización, falta de eficiencia, aislamiento territorial y cultural, y acciones aisladas, que se limitan a los momentos de agitación, caracterizan así la debilidad de los obreros y de las uniones de trabajadores en los países coloniales y semicoloniales.

En cuanto al sector campesino, en condición próxima a la del esclavo, o la del siervo controlado a base de la violencia y de organizaciones religiosas, militares y personalistas, sólo oca-

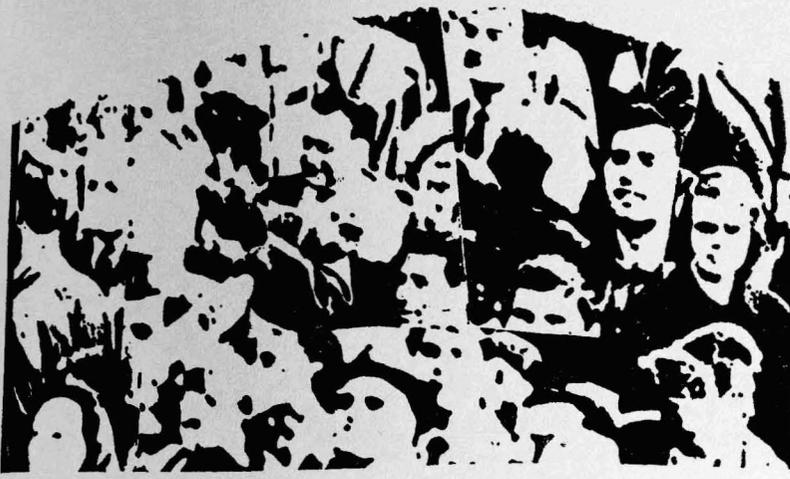
sionalmente, en forma explosiva y esporádica, se rebela contra la situación en que se encuentra. Carece de organizaciones propias democráticas y representativas, y es impotente para organizarse y luchar en condiciones de paz. Sólo en las revueltas y guerras civiles, en las explosiones aisladas o revolucionarias alcanza una organización, siempre secreta o militar, destinada siempre a luchar en la única forma en que la lucha es tolerada, esto es mediante la violencia y la rebelión. Aislado del movimiento obrero, y de las clases medias descontentas, frecuentemente está aislado entre sí y da golpes discontinuos, con un instrumental teórico y militar que conduce a las rebeliones "primitivas", tan frecuentemente aplastadas en estos países, o a rebeliones más efectivas; pero nunca a movimientos cívicos realmente influyentes.

En tales condiciones las clases medias, los estudiantes, los trabajadores y los campesinos ejercen una acción política esporádica y circunstancial. El aislamiento geográfico, el aislamiento por clases, estamentos, grupos raciales y culturales corresponde a una escasa organización horizontal y vertical de estas clases y a la incapacidad de luchar políticamente para controlar a los gobernantes nativos y extranjeros.

El que el gobierno sea controlado por estos grupos —en forma de sindicatos, uniones, asociaciones, partidos— no sólo es considerado inconveniente por el poder colonial y semicolonial, sino que es perseguido con una política de aislamiento y aniquilación, una política gubernamental que tiende a incrementar el aislamiento estructural de los grupos y a aniquilar política y físicamente sus uniones y organizaciones. Así la acción política de los países subdesarrollados es fundamentalmente discontinua, y surge en forma explosiva, en condiciones de violencia que van desde las manifestaciones multitudinarias hasta las rebeliones y las revoluciones.

Las formas que reviste la política ligada a la violencia son distintas. En las etapas de mayor inmadurez la acción política surge en manifestaciones particularmente aisladas, con organizaciones espontáneas, improvisadas: tal es el caso de los paros, huelgas, sabotajes, concentraciones y mítines que se celebran ora en una ciudad o en una fábrica, ora en una plantación o una escuela. Algo semejante ocurre con las rebeliones campesinas que surgen en forma independiente, sin contacto alguno entre sí, ya en una tribu, ya en una región, y que sin organización y sin fuerza son fácilmente aplastadas. En esos casos la acción política se ejerce ligada a la violencia, pero aislada y desorganizada; después cesa en forma casi total. En otros casos aparecen alianzas entre distintos grupos y clases; la violencia encuentra una unión que suele establecerse por intermedio de los militares descontentos. Los militares descontentos juegan así un papel singular en la evolución política de los países coloniales y semicoloniales y en los movimientos explosivos que aparecen en ellos. Adiestrados para la lucha, habituados a la organización, las clases medias y por su conducto los líderes obreros y campesinos llegan a ver en el militar descontento la esperanza de un cambio. Y el cambio se lleva a cabo, cambio de personas, de poderes, sin cambio de la situación, de la estructura, del sistema.

Se requiere una larga experiencia, un doloroso aprendizaje, para que los estudiantes, las clases medias y los intelectuales, los campesinos y los obreros se den cuenta de que necesitan organizarse y unirse, que para triunfar requieren de una organización permanente y de una acción continua prerrevolucionaria y posrevolucionaria. Esta organización no puede alcanzarse con



meros conceptos abstractos, sino pasando por la propia escuela de la violencia que tienen implantada permanentemente los gobiernos coloniales y semicoloniales, y que coincidiendo a menudo con un aparato democrático, establecido en las constituciones y las leyes, hace de éste una burda representación.

### *El funcionamiento de las democracias aparentes*

Las llamadas democracias, que carecen de un sistema de control popular, caracterizan desde el siglo XIX a un inmenso número de países subdesarrollados. Tienen un comportamiento sui géneris. Los partidos, la opinión pública, la propaganda ideológica y política, la información, el sufragio y las elecciones, la Constitución y las leyes operan de un modo muy especial, que por fantástico que parezca posee cierta lógica, ciertas reglas.

Originalmente los partidos de los países subdesarrollados reflejan la estructura semifeudal de estos países e incluso su estructura tribal. Se trata de instituciones que denominándose a sí mismas partidos, son en realidad asociaciones dirigidas por las "grandes familias" y los grupos de poder encabezados por los terratenientes, dirigentes tribales y caudillos, en las que prevalecen las relaciones personales sobre los programas políticos: "el poder de esas asociaciones es mayor que el reconocimiento de un programa o de una plataforma de principios prácticos" (escribe Bonné). Los partidos organizados por los intelectuales y clases medias a modo de los partidos europeos, sólo entran al juego político en la medida que agrupan e interesan a los sectores sociales de pequeños o grandes propietarios, de industriales o militares descontentos, y sólo agrupan a las masas mediante vinculaciones de tipo personal, en que el caudillo, el jefe, el amo, el patrón, el cacique sirven de aglutinantes en mucho mayor medida que los programas políticos y sociales; ellos son los *mediadores* de estos programas.

Las divisiones de los partidos —como cualquier otra división interna de un país semicolonial— son utilizadas invariablemente por el imperialismo para presionar a los gobiernos constituidos que llegan a enfrentarse, y en su caso para derrocarlos a fin de poner un gobierno pelele. La intervención del imperialismo en el juego de los partidos de los países semicoloniales y la configuración misma del poder en estos países, su tendencia al establecimiento de gobierno sin un sistema de control popular derivan, *necesariamente*, en la eliminación de los partidos por los gobiernos peleles, o por los gobiernos nacionalistas. Unos y otros, basados de suyo en una estructura del poder sin controles democráticos, luchan por establecer su hegemonía, una vez que obtienen el poder, mediante la eliminación de los partidos. Contienen el desarrollo natural de los partidos, fortalecen los vínculos personales de los dirigentes y su dependencia del poder central; y eliminan toda oposición partidista, fomentando la dependencia de las masas respecto de los dirigentes aliados a los gobiernos. Por su parte la oposición de las masas está siempre mediatizada por la oposición de los caudillos. Las masas sólo potencialmente se oponen. En realidad su falta de cultura política, de organización política de base, y su dependencia de los jefes y caudillos, hacen que éstos sean los verdaderos opositores, los verdaderos peligros. Por ello el crimen político tiene una función tan importante en estos países. La desaparición del

caudillo y de sus relaciones personales de autoridad frecuentemente deriva en la inanición de las masas, y en la aparición de un nuevo caudillo que las controla.

Esta tendencia general a eliminar la aparición de grupos de poder independientes del caudillo en el poder, es así la consecuencia de la lucha del *caudillismo* contra la organización de base, y de la lucha del poder central semicolonial contra el nacimiento de partidos independientes. El caudillismo lucha, desde el gobierno o desde la oposición, por eliminar las organizaciones partidistas populares, y el imperialismo apoya a los caudillos que le sirven de intermediarios y están en el poder.

Los gobiernos nacionalistas por su parte buscan también eliminar a los partidos de oposición en virtud de que fácilmente se convierten en instrumentos del imperialismo. La tendencia se acentúa por el tipo de gobierno propio de los países coloniales y semicoloniales, por la estructura del gobierno y de la administración pública. En estos países el ejercicio del poder de arriba hacia abajo —mediante vínculos personales de caudillos y jefes— hace del reconocimiento de un jefe supremo por todos los demás la base del poder: así el poder mismo es el reconocimiento del gobierno central, por los gobiernos locales —estatales y municipales—, el reconocimiento del poder ejecutivo por el legislativo, el reconocimiento del poder ejecutivo por el judicial, el reconocimiento del caudillo o del presidente por el partido del gobierno, por el partido del caudillo. La oposición a este sistema de relaciones personales de dominio no es tolerada. Desde la cúspide hasta la base todos aquellos que ejercen el poder lo ejercen por las relaciones personales de parentesco, confianza, compadrazgo; la oposición de uno de ellos es considerada como una traición personal y como una amenaza a todos estos vínculos, difíciles de substituir por otros nuevos. En efecto, las relaciones personales son insubstituíbles. Su substitución es peligrosa; no presenta puntos de referencia objetivos, fáciles de aclarar. Lo único claro, seguro, es la relación personal, hereditaria y sancionada. Por ello las ideologías, los programas de los partidos no aclaran nada, no cuentan nada; lo que cuentan son los jefes y en torno a un mismo caudillo se pueden fácilmente reunir una serie de secuaces con los más distintos programas e ideologías, siempre que mantengan fidelidad personal. No es así difícil ver en torno a un mismo caudillo hombres de derecha e izquierda, que tratan de influir en su *decisión* y en última instancia siempre reconocen su *decisión*.

Todos estos factores: el semifeudalismo de los países subdesarrollados, y el juego del imperialismo con los partidos de las nuevas naciones, sumado a las formas coloniales de centralización y concentración del poder, han derivado en la inmensa mayoría de los países semicoloniales a formas de gobierno en que predomina un sólo partido —como es el caso del Partido Republicano del Pueblo en Turquía, de la Liga Musulmana en Pakistán, del Partido Nacional Unido en Ceylán, del Congreso Nacional Indio en la India. Estos partidos encierran en su seno a los verdaderos grupos de poder y, a lo más, dejan que luchan en el interior del partido los distintos grupos de interés, personales o ideológicos; pero no toleran la lucha fuera del partido, no permiten la existencia de otros partidos, no permiten que los partidos de oposición (en caso de existir) luchan efectivamente.

La alternativa que presenta un partido de oposición no es otro gobierno ni otro tipo de gobierno, sino la anarquía o la guerra civil. Los partidos mismos de la oposición en muchos de estos países no luchan por obtener el gobierno, sino por obtener concesiones del gobierno. Partidos ficticios y democracias simuladas, los partidos de oposición tienen como función obtener prestaciones directas o indirectas del gobierno y permitir que se realice la simulación del juego de partidos. Es esa la misma función que tienen el poder legislativo y el judicial —como ha hecho ver M. A. de Silva en su estudio sobre el gobierno parlamentario en los países subdesarrollados—; sus miembros obtienen prestaciones directas o indirectas que empiezan por las plazas mismas de diputados y jueces con que se premia a los distintos caudillos y jefes políticos a través de sus familiares, amigos, empleados, que hacen el juego parlamentario o el juego de la independencia judicial, y cubren el expediente constitucional.

Lo interesante es que este mismo proceso de centralización del poder se traslada a los gobiernos nacionalistas de los países subdesarrollados, en los que —como escribe Jennings con razón “la lucha por la autodeterminación desalienta la formación de partidos de la oposición”, y en los que la lucha por la unidad nacional frente al imperialismo, por la cooperación nacional hacen que “el partido oficial no sea necesariamente —como reconoce Padgett— un instrumento de imposición. Puede ser —en efecto— un medio para acortar la distancia entre el autoritarismo y la democracia representativa”.

En todo caso en estos gobiernos nacionalistas de los países pobres, deseosos de fortalecer la independencia nacional y de incrementar la participación efectiva de las masas en el gobierno es donde se plantea algo más que una contradicción entre el formalismo democrático y la realidad dictatorial: la contradicción entre la necesidad de fortalecer el Estado frente al imperialismo y la necesidad de aumentar la participación del pueblo, sin alentar o permitir divisiones que puedan ser utilizadas por el imperialismo. El formalismo y la simulación de los partidos llegan así en los países subdesarrollados hasta los gobiernos revolucionarios y nacionalistas de tipo burgués que mantienen en el derecho el sistema de partidos y en la realidad buscan la centralización del poder y aumentan el raquitismo de una oposición que estructuralmente ya es raquítica, que lucha primordialmente por los intereses de sus jefes, y tiene muy poco que ofrecer como resultado de una actividad política que no puede conducir al poder. Sólo las relaciones personales de los caudillos y grupos de la oposición y la canalización de los sectores descontentos que se presentan ocasionalmente en las elecciones incrementan el poder de la oposición.

El sufragio, el voto y las elecciones presentan un comportamiento no menos formal en los países subdesarrollados, de estructura semifeudal y plantacionista y de cultura heterogénea. Lambert señala el hecho paradójico de que “conforme el sufragio es realmente más universal, más sólidamente asegurada estará la autoridad del señor o de la clase a que pertenece la política nacional. El Estado nacional —añade— no está en realidad constituido por individuos, sino por grupos, y para los jefes de las comunidades, los sufragios de las clientelas equivalen a un voto plural...” Predominando como predominan las relaciones personales, el ejercicio del voto es una función del

cacique, terrateniente, plantacionista o jefe político y militar. “... El ejercicio del voto es un deber con el patrón o con el jefe político y no un deber con el Estado o un derecho...” Los jefes poseen así verdaderos *votos colectivos*: indican a sus subordinados cómo deben votar, les proporcionan medios para transportarse a las urnas, y les garantizan su seguridad, empleando la maquinaria política y militar para proteger el acto. La policía, los oficiales del registro de las mesas electorales, el ejército, subordinados a los jefes políticos y al gobierno de que forman parte protegen a las masas que van a votar en el sentido señalado por los jefes. Ellos mismos son incapaces de votar en forma contraria, considerando como acto de deslealtad la protección del voto de la oposición, y como un acto de lealtad la protección e incluso la orientación del voto en favor de los jefes. Así, en estos países es frecuente ver el espectáculo de la votación colectiva, en que el sufragio es una ficción y la verdadera elección es derecho exclusivo del jefe protegido por todos sus subordinados.

Pero si el sufragio universal funciona en favor de la estructura autoritaria, semifeudal y personalista, la limitación del sufragio —según la cultura, la raza, o los ingresos—, lejos de ser una solución para la “democratización” de estos países, sirve para eliminar automáticamente a las grandes masas ignorantes, analfabetas y pobres y para mantener la democracia feudal y oligárquica.

En todos estos casos funciona de un lado el caciquismo, el presidencialismo, el coronelismo y otras formas de gobierno por lo general autoritario, personal; y de otro, la pluralidad cultural, la sociedad heterogénea. Estos factores no son menos importantes en la configuración del voto y en la lucha política. La heterogeneidad cultural que se presenta en la mayoría de los países semicoloniales y que suele abarcar todos los estadios de civilización y cultura, contribuye formidablemente a incrementar la dependencia de las masas —aisladas, analfabetas, carentes del idioma nacional, de la cultura jurídica y política— respecto de sus jefes y caudillos. Marginales a la cultura nacional, grandes sectores de la población son también marginales a la política nacional. Y aunque la ley les reconozca —como en las sociedades relativamente más homogéneas— igualdad de derechos, sobre la base de que todo adulto está capacitado para emitir su voto —sea carpintero o profesor universitario, campesino o trabajador, hombre de altos o bajos ingresos— en realidad lo que en las sociedades homogéneas puede constituir una enajenación parcial en la decisión, en la elección, en el juicio, en las sociedades heterogéneas se convierte en una falta de elección, de decisión, de juicio, en que las poblaciones marginales participan en los procesos electorales, como se participa en un rito cuyo significado no es totalmente conocido, y con el solo objeto de acatar las órdenes supremas y de evitar las sanciones y el odio de quienes detentan el poder. En estas condiciones difícilmente se puede hablar de una opinión pública y de ganar a la opinión pública mediante la orientación política y la propaganda. La opinión pública se encuentra en pequeños sectores y grupos del país, aislada, atomizada geográfica y políticamente, y para orientar el voto resulta mucho más útil y funcional el control político personalista o institucional que la orientación política o la propaganda. No es extraño así que los gobernantes busquen sobre todo el control político, y que incluso se desentiendan de la educación y la propaganda políticas; no es



extraño tampoco que se desentiendan de la propaganda y la orientación política de la oposición. La libertad de oponerse verbalmente, en discursos y diatribas, no afecta para nada la estructura del poder, no influye en las decisiones, en las elecciones, ni por parte del sector gobernante ni por parte de la oposición. Por ello el uso de la palabra, de los discursos, de la propaganda es también una especie de rito que cumple la clase gobernante a sabiendas de que la elección ya está hecha, de que la votación ya está orientada.

En algunos de estos países hay una verdadera libertad de expresión, cuando la clase gobernante cobra conciencia de las gigantescas limitaciones que la libertad de expresión tiene para modificar la situación política: en efecto pocos son los que leen la prensa y casi nadie el que decide su posición política por la prensa o los discursos. La decisión se toma por consignas, por respeto a la autoridad o el jefe, y a lo más por conversaciones privadas. La palabra pública con sus características rituales, con su retórica de papagayo, en que habitualmente la democracia no es democracia, los partidos no son partidos, el municipio libre no es libre, los estados soberanos no son soberanos, el poder legislativo que es independiente del ejecutivo no es independiente del ejecutivo, las elecciones no son elecciones, el sufragio no es sufragio; esa palabra pública —que se pronuncia en los discursos para cubrir el expediente y practicar el ritual democrático— es precisamente la palabra que no sirve para orientar sobre la realidad. Se usa como parte de un ceremonial y nada más. Sólo el diálogo privado del jefe, del cacique, de las familias y aliados, sean gobernantes u opositores sirve para orientar la acción política. La propia palabra pública de la oposición es una palabra demasiado abstracta que sirve a modo de comentario y de crítica inoperante. La verdadera oposición, la más efectiva, también trabaja en silencio o en voz baja.

En medio de todo esto ganar las elecciones es muy importante. El acto electoral sanciona en forma ritual la continuidad o la obtención del poder. Justifica el que un hombre detente el poder, como presidente de la nación o del municipio, como gobernador o diputado. Al efecto, se toman todas las medidas necesarias para proteger el triunfo, y para controlar cualquier viso de oposición efectiva. En el cumplimiento del ritual electoral los jefes políticos utilizan todos los medios, unos paternalistas y autoritarios, otros dictatoriales. A sus secuaces los hacen votar y votar en un sentido determinado mediante simples órdenes, o por medio de amenazas implícitas o explícitas, de ofertas y pequeños regalos, de engaños elementales. Para el "ciudadano" común el voto significa el acatamiento de una orden o de una consigna, un paseo a la ciudad y a las casillas electorales, una comida, unos zapatos o un poco de dinero, la posibilidad de no quedar mal con los jefes y las autoridades. Para nada significa la designación de un gobernante, la elección de un programa, la participación en el gobierno. De ahí su escaso valor y la enorme posibilidad de comprar votos.

Cuando los sistemas tradicionales de control del voto no son suficientes se emplean como colaboradores eficaces recursos elementales, que tienden a orientar la votación sin que signifique en la realidad una elección política: así, en Ceylán se usa el color amarillo que es el color budista, y en México el PRI usa los colores de la bandera nacional y el PAN el azul del manto de la Virgen María.

El ciudadano analfabeto "elige" según sus creencias religiosas

o patrióticas. En sectores más avanzados de la población, conscientes de que no hay elección posible, de que la elección ya está hecha, de que sólo falta por cubrir un expediente y quedar bien con las autoridades, por sentido común la gente no vota por el que irremisiblemente va a perder, por el que necesariamente no va a estar en posibilidad de ayudar con trabajos, protección, prestaciones individuales y sociales. El ciudadano se convierte así, por sentido común, en apoyo de la elección que no es elección. Y cuando el candidato de la oposición —caudillo o jefe político— y sus secuaces dan muestras de tener una gran capacidad de lucha, se recurre con holgura al fraude o la violencia. Los fraudes electorales que se emplean en los países subdesarrollados son muy parecidos: en el registro de electores se incluye a los muertos y los muertos votan; votan también las personas ausentes y votan las mujeres que nunca salen de sus casas; por las mañanas, antes de que empiece la elección se confeccionan los votos y se llenan las urnas. Si aún así queda el triunfo en la oposición se roban las urnas y se substituyen por otras debidamente confeccionadas. A todo esto pueden venir las protestas y los actos de violencia. Muchos son los que suelen morir en las elecciones, particularmente cuando surge una oposición vigorosa. Y entre los muertos puede estar el candidato mismo de la oposición. A veces muere éste en el curso de la elección o en la campaña. Rara vez se pone como candidato de la oposición a un muerto, aunque suele ocurrir, como en Corea, donde Sygman Ree jugó dos veces la presidencia de la República contra un candidato de la oposición que estaba muerto.

En estas circunstancias no es extraño que muchas gentes "de conciencia" no quieran participar en las elecciones y que muchas gentes marginales —analfabetas o de culturas ágrafas— ni siquiera sean llamadas a votar. Los jefes y funcionarios políticos por sí mismos colocan los votos, con ahorro de tiempo y dinero, y sólo llaman a unos cuantos ciudadanos para cubrir el expediente. Es característica frecuente de los países subdesarrollados la escasa proporción de la ciudadanía que *efectivamente* vota —a veces hasta menos del 5% del total— y la que vota lo hace en las condiciones antes señaladas.

#### *Las formas políticas*

El proceso electoral surge de un régimen autoritario y deriva en un régimen autoritario. Ello ocurre no obstante que la inmensa mayoría de estos países tiene una constitución. En efecto, desde el siglo pasado en América Latina, y hoy en Asia y África, la mayor parte de los países subdesarrollados no sólo tienen un régimen constitucional, sino un sistema republicano. Hay más monarquías en Europa, que en África, Asia o América Latina. Pero las constituciones no son sino un amplio ideal que no se cumple, un programa titánico que no se realiza.

En estos países las constituciones, como todas las ideas o instituciones democráticas poseen una doble vida —formal y concreta— cuyos contrastes son de una violencia sin precedente. El derecho escrito y en particular el constitucional, cumplen la función de los libros sagrados, normativos, en que se señalan los ritos religiosos y la forma de practicarlos. En estas sociedades, el formalismo jurídico es visto como un rito por quienes no comprenden su simbolismo. Otros lo ven como una

especie de comedia que es necesario representar, a veces por respeto a formas e instituciones que se consideran ideales de la sociedad en que se vive, o por mantener un orden establecido jurídicamente, cuyo rompimiento tendría peligrosos efectos políticos y provocaría levantamientos justificados también formalmente, o, en fin, para sancionar los actos más ilegales, violentos e injustos, mediante un disimulo jurídico-político, al que se van acostumbrando los gobernantes y ciudadanos más conscientes, y que se convierte en una especie de exigencia del sentido común, de modo natural de actuar en la vida pública. Lo avanzado de muchas de estas leyes y constituciones provoca una satisfacción "moral" muy grande entre los gobernantes de estos países, hace que se sientan muy civilizados y progresistas, y que se presenten ante el mundo y los congresos internacionales, satisfechos de su misión civilizadora y aun dispuestos a incrementarla. Muchos delegados de estos países ante los organismos internacionales no sólo hacen "fervientes discursos sobre la democracia", sino que están dispuestos a "firmar las más modernas convenciones internacionales del trabajo y a adoptar medidas que países más avanzados dudan en adoptar". No es extraña tanta generosidad, cuando permite a los gobernantes la satisfacción de sentirse civilizados y justicieros, sin el menor riesgo y con la más absoluta seguridad de que todas las medidas jurídicas quedarán, como letra muerta, en el papel.

En los países subdesarrollados la democracia ha sido un ideal, la constitución democrática un programa. Un ideal que nada ha tenido que ver con la realidad y un programa permanentemente incumplido. La realidad es que los regímenes constitucionales son dictatoriales, personalistas, útiles al plantacionista, al terrateniente, al gran empresario, nativo o extranjero; que los partidos, las elecciones, las leyes son instrumentos de esa dictadura; que la opinión pública no existe o no se toma en cuenta; que hay una inmensa población marginal a la política, que vive en condiciones infrahumanas, padeciendo todos los tipos de explotación que conoce la historia humana, desde el esclavismo hasta el capitalismo, y que las leyes, los partidos, las instituciones democráticas no son instrumentos de cambio político, sino en la medida que derivan en los golpes de estado, las rebeliones, las revoluciones. Por ello es frecuente en estos países que junto a la parafernalia de los discursos y teorías democráticas se levante un escepticismo que aparta de la acción pública a los ciudadanos más conscientes y deja en la indiferencia a la mayoría de los ciudadanos. En las condiciones normales de estos países abunda el *chiste* político —particularmente en las clases medias—, como una forma de rebelarse ante una situación que no se puede o no se intenta modificar, y como forma de expresar la frustración en que se vive. Y cuando se intenta cambiar la situación no se piensa en hacerlo mediante las elecciones, lo cual sería el absurdo de los absurdos, sino mediante actos de violencia. Entre los hombres conscientes se desata un desprecio o un odio profundo por todo el aparato de simulación, de comedia, cuyos rituales buscan ocultar regímenes dictatoriales de la peor especie, que dominan y explotan a la población mediante el crimen, el despojo, el terror y diciendo, clamando, repitiendo que eso es la democracia.

Sólo los individuos "románticos", retóricos y cursis de los países subdesarrollados, y los políticos e intelectuales de las metrópolis que están satisfechos con practicar en casa el sistema de partidos, de elecciones, de gobiernos más o menos represen-

tativos, ponen sordina a esta realidad de los países semicoloniales y se llenan la boca de elogios para hablar de las democracias que privan en ellos. Los pueblos subdesarrollados —coloniales y semicoloniales— conforme se van desarrollando, urbanizando, industrializando, conforme cobran conciencia de sus posibilidades políticas nacionales e internacionales buscan tirar esta "carcasa inútil" y bárbara, que es la negación misma de un gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, la negación de la libertad, la igualdad, la fraternidad, y buscan establecer nuevos sistemas de gobierno en que el pueblo gobierne aunque no haya juego de partidos, en que el gobierno gobierne para el pueblo y por mandato del pueblo aunque no haya elecciones, en que la libertad y la igualdad no estén sólo consagradas en el derecho, mientras en la realidad se vive en una dictadura militarista o para-militarista, en medio de las mayores desigualdades económicas, sociales y culturales que conoce la historia.

Estas democracias de los países semicoloniales, que no son democracias sino en el papel, están en franco desprestigio y ya no encuentran "clientes". No sólo han resultado en la realidad la negación de la filosofía liberal y del humanismo democrático surgido en el siglo XVIII, sino que han resultado inútiles y hasta opuestas al desarrollo económico y social de los pueblos. El liberalismo y la ideología democrática contribuyeron en Europa al desarrollo de la vida cívica, al desarrollo del capitalismo y al desarrollo económico de las naciones europeas. En los países subdesarrollados, coloniales y semicoloniales, el liberalismo y la democracia se convirtieron en el instrumento más útil para mantener y revivir el tribalismo, el esclavismo, el feudalismo y para ligarlos a la explotación colonialista; no contribuyeron al desarrollo del capitalismo sino del colonialismo, no contribuyeron al desarrollo económico nacional en naciones que no existían o que eran una pura ficción, y sólo sirvieron para sostener el crecimiento de las empresas metropolitanas y su expansión en las regiones marginales del mundo. Su fracaso en el mundo subdesarrollado fue total en cuanto se trató de aplicarlas mecánicamente, y con abstracción de las condiciones semicoloniales, heterogéneas, características de estas sociedades, que a la postre resultaron ser más influyentes en la configuración política y económica de ellas, que los mecanismos ideológicos y legales de tipo democrático y liberal.

Pero el fracaso no fue total, en la medida en que las ideas de libertad y de igualdad, de gobierno popular y desarrollo económico impulsaron a estos pueblos a buscar nuevas definiciones y nuevos instrumentos políticos para alcanzar estas metas. Muchos fueron los desilusionados de la democracia; muchos los que impulsados por una ideología de derecha quisieron eliminar la carcasa constitucional, y reconocer con un realismo brutal la realidad, preconizando como un deber el reconocimiento de la dictadura semicolonial y oligárquica; muchos otros los que confundieron este cruel funcionamiento de la democracia, abstracta y mecánica, y odiaron la idea de democracia. Pero hubo grandes conglomerados humanos que adquirieron y mantuvieron vivo el ideal humanista de la democracia, cuyos dirigentes intentaron buscar formas operantes en estos países, definiciones nuevas de democracia —de libertad, igualdad, fraternidad, gobierno del pueblo por el pueblo— vinculadas al desarrollo económico y al incremento del progreso y la civilización. De sus descubrimientos habrían de surgir las revoluciones nacionales y socialistas de los países pobres.